

en la isla, desembarcaron en una ensenada de Chio á algunos centenares de piratas turcos. Subieron con el sable y el hacha en la mano los escalones de la isla, forzando las guardias, saqueando los tesoros, llevándose las mujeres y los niños, asesinando á los hombres, incendiando las casas y las huertas. Los habitantes, despertando sobresaltados, no tuvieron tiempo mas que para refugiarse en las montañas, lanzarse á la orilla opuesta que mira al mar, soltar los buques y los barcos de los pescadores que dormían en la rada, y huir así sin ninguna provision. La naturaleza no los trató mejor que la guerra. Una tempestad que se levantó en la misma noche los estrelló contra los escollos de la isla de Sciros, donde perecieron todos contemplando á lo léjos los resplandores del incendio de la patria. Un corto número de habitantes de la costa que mira al Asia tuvo tiempo para entrar en la ciudadela y cerrar sus puertas á los piratas de Othman.

VI

Este pillaje de las islas del archipiélago diseminadas desde el golfo de Satalia hasta el fondo del golfo

del monte Athos, y el robo nocturno de las mujeres y de los hijos de aquellos pueblos indefensos, cubrieron el mar con flotillas turcas procedentes de la costa de Caramania, poseida ya por otros príncipes tártaros rivales de Othman. Entre estos emires independientes se contaban los príncipes de Castemuni, Kermian, Mentesche, y Caraman, el mas temido de todos. Estas flotillas devastaron sucesivamente á Samos, Rodas, Lemnos, Carpathos, Mitilene, rival de Chio por su clima, su extension, su opulencia, sus delicias, en fin Malta, Candia y las otras Cíclades.

En el continente, estas tribus turcas, mandadas por sus emires independientes, desembocaban igualmente por todas las gargantas del monte Taurus, sometian la Lidia, saqueaban la ciudad rica todavía de Sardes, incendiaban á Larissa, desolaban á Efeso, sepultada por los cristianos bajo las ruinas de su templo. Los emperadores no podian ya defenderse sino por medio de sus enemigos. Andrónico, que reinaba entónces, ofreció la mano de su hermana la princesa Maria, á un emir turco, llamado Khodabende, que prometia refrenar á sus compatriotas y á Othman mismo.

María, orgullosa con la proteccion de su futuro esposo, fué con su cortejo nupcial hasta Nicea é intimó á Othman que respetara en ella á la esposa de

un turco superior á él en fuerzas y poderío. Othman respondió á esta intimacion marchando en persona contra los mongoles, rivales suyos, desde Ienischyr hasta las orillas del mar Negro. Ayudado por su hijo Orkhan y por los compañeros de su padre, rechazó por un lado á los mongoles miéntras ahogaba por el otro las últimas convulsiones de los griegos. A excepcion de Nicea, de Nicomedia y de Brussa, asentó su dominacion en toda el Asia Menor frente por frente de Constantinopla. Sus fortalezas, construidas al pié del monte Olimpo, interceptaban todas las comunicaciones de la capital con el interior del país.

VII

Envejecido prematuramente por la guerra y los males, pero reviviendo en su hijo Orkhan, despues de tantas proezas, se retiró Othman á Ienischyr para morir en paz. Los dolores de la gota le impedían mucho tiempo hacia montar á caballo, en ese trono de los tártaros. Su genio, siempre libre y siempre emprendedor lanzó á Orkhan armado contra Brussa,

blanco perpetuo de su ambicion. Subiendo Orkhan paso á paso por el Olimpo, bajó en seguida como un alud sobre esta capital, y acampó con su ejército en un sitio culminante llamado la cabeza de los Manantiales. Allí era donde se reunian los numerosos arroyos, que corriendo del monte Olimpo, surtian de agua á la ciudad.

Esta, aunque defendida por un comandante intrépido y por una guarnicion griega bastante fuerte, conoció que su defensa no haría mas que agravar su situacion retrasando la catástrofe. El débil Andrónico, incapaz de batirse en campo raso con los turcos para socorrer á la segunda capital de su imperio, autorizó á su general para que capitulara con Orkhan mediante un tributo anual de treinta mil ducados de oro que los cristianos pagarian á los sucesores de Othman en cambio de una tregua, tributo que ha durado por espacio de trescientos años. Los habitantes y la guarnicion se retiraron con sus tesoros á Kemlic (Cius), segun lo estipulado. Vencedor Orkhan entró sin pelear en la nueva capital de los otomanos. Respetó la vida, los bienes, y la religion de todos los habitantes de aquella inmensa ciudad, que habia preferido el yugo de los turcos al destierro perpetuo de sus hogares.

Pero en el momento en que enviaba á Ienischyr

los correos portadores de la noticia de este triunfo, un correo de esta ciudad le traía la de la muerte próxima de Othman. Mas afligido con la pérdida de un padre venerado que gozoso con su conquista, dejó su ejército á las órdenes de su segundo Mikhal, y corrió á lenischyr á recibir la bendición y el último suspiro de Othman.

Othman no tenía ya nada que desear ni que sentir en la vida, su bella esposa, Malkatun, lo había precedido al sepulcro, adonde él iba con placer á juntarse con ella.

Su suegro, el sabio Edebali, luz de sus consejos, acababa de morir á los ciento diez años de edad, escuchado siempre como un oráculo del islamismo y de la política; en fin, su hijo Orkhan, tan obediente como bravo, acababa de llevar á cabo el pensamiento de todas sus guerras dando con la ocupacion de Brussa un centro y una cabeza al poder invencible en adelante de los otomanos. Murió como mueren los hombres que han llenado su mision, sin lamentarse de la vida, ni temer la muerte. Al rededor del fieltro, tendido en el suelo, que le servia de lecho, reunió á sus hijos, sus tenientes, sus consejeros, y dirigiéndose con voz todavía firme á su sucesor Orkhan, pronunció estas bellas palabras, conservadas de padres á hijos por los otomanos.

El historiador Saadi ha trasmitido á la posteridad, con su solemnidad oriental esta última conversacion del padre moribundo y del hijo vencedor.

En el momento en que estos dos principes se vieron en presencia el uno del otro, Orkhan, con los ojos bañados en lágrimas, y el corazon enternecido, lanzando un profundo suspiro pronunció estas palabras: « ¡Ah, Othman! ¿eres en verdad tú mismo, « tronco de los emperadores y señores del mundo, « tú, que has conquistado y sometido tantas na- « ciones? »

Este excelente khan, volviendo los ojos moribundos hácia su hijo, y sosteniendo con dificultad la voz, le contestó :

« No te lamentes, hijo mio, tú que eres la delicia « de mi alma, porque me ves entre las garras de la « muerte, sujeto á la suerte comun que nos alcanza « á todos, jóvenes y viejos, que respiramos el mismo « aire de este mundo, lleno de males. Yo paso á la « verdadera vida; ojalá que la tuya sea colmada de « gloria, de prosperidad y de ventura! Próximo á « separarme de tí, muero sin pena, puesto que tú « me sucedes. Escucha sin embargo mis últimas ins- « trucciones.

« Destierra léjos de tí las inquietudes de esta vida, « coronado con la felicidad que te rodea, no busques,

« te lo advierto, apoyo en la tiranía, y aparta tu pensamiento de la crueldad. Cultiva por el contrario la justicia, y adorna con ella la tierra. Da á mi alma separada de este cuerpo el placer de una serie de victorias que alcances. Y cuando hayas conquistado el mundo, sírvete de tus armas para extender la religion.

« Manten una justa amistad con los reinos cristianos. Honra á todos los sabios, porque ese es el modo de afirmar la ley divina; y donde quiera que sepas que se encuentra un hombre dotado de sabiduría, cólmalo de bienes, de distinciones y de gracias.

« Que no te hagan orgulloso tus ejércitos, ni te hinchen tus riquezas.

« Rodéate de los maestros de la ley, y considerando la justicia como el mas firme apoyo de los reinos, aparta todo lo que pueda ofenderla. La ley divina debe de ser nuestro único objeto, nuestro único fin; todos nuestros pasos deben encaminarse hácia el Señor.

« No te empeñes en empresas vanas, ni en querellas infructuosas, porque seria una falsa ambicion procurar solo gozar del imperio del mundo. Por mi parte, yo no he aspirado á otra cosa que á

« la propagacion de la fé: tú debes llevar á cabo el cumplimiento de mis deseos.

« El rango que vas á heredar te obliga á ser dulce con todos; tienes deberes que llenar respecto del público, y se desmiente el carácter de rey, no tratando de exceder á su pueblo en bondad y en clemencia.

« Debes procurar con el mayor cuidado el proteger á tus súbditos; obrando así lograrás que el cielo te favorezca. »

Tales fueron las instrucciones de Othman, refugio de los fieles; despues de haberlas pronunciado, su alma voló á las regiones de la eternidad.

VIII

Próximo á lanzar el último suspiro, Othman habia pedido á su hijo que lo sepultaran en Brussa, á fin de poseer despues de su muerte lo que tanto habia codiciado durante su vida. Tambien habia recomendado á sus guerreros que hicieran á Brussa la capital

de los otomanos. Orkhan y sus soldados cumplieron este deseo del conquistador. El cuerpo de Othman, escoltado por sus imanes y sus compañeros de gloria, fué llevado á Brussa y depositado en una capilla del palacio de aquella ciudad, llamada la *Bóveda de plata*.

Colgóse en ella, junto al sepulcro, el rosario con cuentas enormes de madera, que el tártaro convertido había pasado tantas veces por sus dedos enumerando las perfecciones de Dios. El tambor que había recibido de Alaeddin, cuando le concedió este Sultán la soberanía del principado de Kara-Hissar, fué colocado sobre su tumba. Un incendio reciente del palacio de Brussa ha consumido estos dos emblemas groseros de la piedad y del imperio de Othman. Pero su sable y su estandarte se conservan intactos en el tesoro del imperio. M. de Hammer, el investigador más estudioso de los orígenes del pueblo otomano, representa este sable como una espada larga de dos puntas que penetraba por cualquier lado que se hiriese con ella. El kalifa Omár, dice, había inventado este sable de dos puntas y dos filos. La posteridad de Othman convirtió en símbolo, bordado en los estandartes de los otomanos, esta arma, de la cual, una punta amenazaba el Asia, la otra á la Europa.

La herencia de Othman se componia de las armas de un soldado de caballería y los utensilios de un pastor. En su casa de Ienischyr no se encontró ningún tesoro. Los tributos que había percibido, los había distribuido entre sus compañeros de armas. Una cuchara de madera, un salero, una túnica bordada con hilo de color, un turbante de cáñamo, algunos pares de bueyes para la labranza, ovejas y generosos corceles de Arabia eran toda su riqueza, sus caballos pasaron á sus hijos, sus rebaños de carneros de Mesopotamia fueron llevados á Brussa, en donde se han perpetuado como propiedad de los sultanes, apacentándose todavía en las faldas del monte Olimpo.

IX

Su traje era sencillo como sus costumbres. Llevaba un caftan de tela burda de lana, forrado de la misma. Las mangas perdidas de este caftan caian comunemente por detrás de los hombros. Un ancho pantalon

de pliegues, que permite el cruzarse de piernas, actitud de reposo de los turcos, estaba sujeto con un cordón por encima de los tobillos de sus desnudos pies.

Su rostro ovalado y regular, tostado por el calor de una sangre generosa y por el sol de Anatolia le había hecho dar el nombre de Kara Othman ó de Othman el Negro, mote de belleza viril entre los orientales. Sus ojos habían conservado la tinta azulada de los hijos de las frías estepas de la Tartaria; pero sus cejas, su barba y sus cabellos eran negros, como las alas de un cuervo del monte Taurus. Sus piernas eran cortas como las de las razas que viven acurrucadas, ó que montan con los estribos cortos, estando el jinete más bien sentado que á caballo; su busto por el contrario era largo; sus brazos desmesurados le pasaban de las rodillas, alcanzando por esta razón su sable á mayor distancia que el común de los hombres.

Su talento era sencillo pero justo y recto, suficiente para jefe de una horda de pastores. Todo su genio estaba en su fé, que le ordenaba barrer ante la unidad del Dios de Mahoma las idolatrías ó supersticiones que oscurecían ó desfiguraban la idea de Alá en la tierra. Sin embargo, al fin de sus días, sus relaciones con los griegos de Bizancio habían agu-

zado la sencillez patriarcal de su inteligencia, y le habían enseñado la política de los conquistadores que quieren poseer lo que subyugan: la marcha paso á paso en la conquista y los altos después de la victoria. Avanzó lentamente, pero no retrocedió jamás: este es el secreto de los fundadores.

Su corazón bueno, franco, sincero, fiel, constante en el amor de Malkatun, tierno con su hijo, dulce con sus camaradas, nunca cruel con los vencidos, no dejó más que una mancha en su vida, el golpe con el arco que dió á su tío en el rostro porque se oponía á una de sus expediciones: pero este crimen, semejante á la cólera de un Aquiles salvaje, fué convulsión de la mano, más bien que ferocidad del corazón. Lloró su arrebato hasta su muerte; y ordenó á sus secretarios que lo consignaran para vergüenza suya en su historia, á fin de que sirviera de lección á sus descendientes y los preservara contra esos primeros movimientos de la cólera que se convierten en parricidios voluntarios, y que es menester expiar ante los hombres para que sean perdonados por Dios. Apesar de esta violencia de la sangre, dejó tal reputación de bondad para con sus pueblos y de generosidad para con sus enemigos entre los otomanos, que ha conservado en sus tribus el apellido de el Dulce,

y en la coronacion de los nuevos sultanes, el pueblo, entre los votos que dirige en voz alta al cielo en favor de sus soberanos, pide para ellos que además de las virtudes necesarias al trono, les dé principalmente la dulzura de Othman.

LIBRO CUARTO

I

Othman dejaba dos hijos que compartian al parecer entre sí el carácter de su padre; el mayor Orkhan poseia su valor: el segundo, Alaeddin la piedad. Los dos eran hijos de la hermosa Malkatun, y ambos habian sido instruidos en la ciencia y la religion por su abuelo materno, el sabio Edeballi, padre venerado de Malkatun.

Miéntras que Orkhan, principal teniente de Othman, peleaba á la cabeza de los guerreros turcos para